

Lo mismo repetirá, en *Heterodoxia* al referirse a la falsa logicidad de ciertas lenguas (*ibíd.*, pp. 384 y 387); o al hacer el elogio de Pedro Henríquez Ureña (*ibíd.*, p. 809), etc.

Fernando Vidal —además— comparte con Sábato una especial inquina contra Suiza, representativa del espíritu burgués. Y al hablar de ese país, Fernando apela —sin quererlo— al denostado mito de los caracteres nacionales:

Vacilé un momento con respecto a la nacionalidad de los anarquistas, pero me decidí al fin por Suiza a causa de la enorme magnitud del dislate, ya que para una persona normalmente constituida creer en anarquistas suizos es como aceptar la existencia de ratas en una caja fuerte. La primera vez que pasé por ese país tuve la sensación de que era barrido totalmente cada mañana por las amas de casa (echando, por supuesto, la tierra a Italia). Y fue tan poderosa la impresión que repensé la mitología nacional..., los mitos nacionales son fabricados a propósito para describir el alma de un país, y así se me ocurrió en aquella circunstancia que la leyenda de Guillermo Tell describía con fidelidad el alma suiza: cuando el arquero le dio con la flecha en la manzana, seguramente en el medio exacto de la manzana, se perdieron la única oportunidad histórica de tener una gran tragedia nacional. ¿Qué puede esperarse de un país semejante? Una raza de relojeros, en el mejor de los casos (p. 313).

En dos pasajes de la novela, uno extenso, Quique y Fernando hacen alusión a la condición femenina. Fernando, que repite ideas del escritor, mantiene un largo y cortante diálogo con la maestra socialista Norma Pugliese y su amiga («de género epiceno», dice Vidal Olmos), Inés González Iturrat (cap. XI del «Informe sobre ciegos», páginas 327-334). Todo el pasaje es una sátira contra el feminismo y sus sostenedores. Para no alargar demasiado estas notas, nos limitaremos a dar una breve síntesis de las ideas principales:

a) Las mujeres son diferentes de los hombres; las diferencian sus caracteres primarios (sexo y aspecto físico) y secundarios (inteligencia y aptitudes).

b) A la mujer le está vedado el razonamiento filosófico (no ha habido nunca una filósofa), el aprendizaje de la filosofía la deja indiferente, no la afecta en absoluto... Tampoco le atrae el pensar teórico (matemática, física). La mujer está destinada a la maternidad y a las cosas, al pensamiento mágico y a lo real y concreto.

c) La señora Curie no fue un genio; solamente descubrió —por casualidad— un nuevo elemento.

Fernando, en esta actitud negativa y despreciativa, llega al sarcasmo y al mal gusto:

Y que los únicos razonamientos que para la mujer tienen importancia son los que de alguna manera se vinculan con la posición horizontal. A la inversa de lo que pasa con el hombre. Motivo por el cual es difícil poner a un hombre y a una mujer en la misma posición geométrica en virtud de un razonamiento auténtico: hay que recurrir a paralogismos o al manoseo (p. 338).

Líneas más adelante, leemos:

Pero si el hombre tiene tan poco que ver con la lógica, ¿qué puede esperarse de la mujer?... (p. 339).

Este especial determinismo está datado, corresponde a los años cincuenta, cuando tuvieron lugar dos hechos que explican estos y otros pasajes de la novela. Uno es el de la traducción al español de la conocida y ruidosa obra de Otto Weininger, *Sexo y carácter*, que constituyó un verdadero éxito de público en la Argentina. Weininger, un seudofilósofo que se suicidó a los veintidós años (nació en 1880 y matóse en 1903), y que sólo aparece en muy contados diccionarios enciclopédicos, escribió un volumen ferozmente determinista y negativo contra el sexo femenino (14). Muchas de sus ideas —desdichadamente— influyeron en las que entonces y aún después manejó Sábato sobre la mujer. En 1952 nuestro escritor mantuvo una extensa y ruidosa polémica sobre el sexo con Victoria Ocampo, que se publicó en la revista fundada por la ya entonces conocida escritora (15). Allí están —desarrolladas a veces con buen humor y agudeza— muchas de las postulaciones de Fernando Vidal. Y, en *Heterodoxia*

(14) Imposible leer aquí la traducción española de la obra de Weininger; no he tenido acceso a la traducción inglesa. Tampoco he podido ver David Abrahamsen: *O. Weininger. Mind and death of a genius* (New York, Columbia U. Press, 1946).

(15) La polémica comenzó con un artículo de Sábato: «Sobre la metafísica del sexo», *Sur*, núm. 209-210, marzo-abril 1952, pp. 24-47. Victoria Ocampo respondió con «Carta a Ernesto Sábato», *Sur*, núm. 211-212, mayo-junio 1952, pp. 166-169. Respuesta de Sábato, *Sur*, número 213-214, julio-agosto 1952, pp. 158-161, y una elegante nota final de Victoria, *ibíd.*, páginas 161-164. El artículo primero comenzaba así: «De los pensadores que han reflexionado metafísicamente sobre el sexo, los que más me han impresionado son Weininger, Bergmann y Simmel. De los tres, Weininger es el más contundente. Para el conocimiento de la mujer siguió una metodología enérgica y sacrificada: no tuvo nunca relaciones con el sexo opuesto..., ascético y desdeñoso, profirió centenares de páginas contra la mujer sin haber tenido contacto con una sola. Su onanismo filosófico se descarga con furia sobre su bestialidad, su repugnante sentimentalismo, su esencial carencia de moral: ese monstruo no tiene memoria, no puede discriminar entre el bien y el mal, ni entre la verdad y el error, no reconoce el valor de la Ley, no tiene conciencia intelectual, no es capaz de concebir el Tiempo ni la Eternidad, no posee esencia ni existencia; no forma parte de la realidad ontológica, no tiene alma, carece de voluntad autónoma...». Es notable comprobar que párrafos íntegros de ese artículo serán puestos en boca de Fernando Vidal Olmos. Y, como hemos señalado, esas ideas reaparecerán en los *Ensayos* del autor.

encontramos numerosos apartados dedicados al tema. En «hombre y mujer» (*Ensayos*, pp. 277-286), Sábato ironiza sobre la supuesta identidad de los sexos, que niega absolutamente. Sostiene además que en todo ser humano están en potencia los caracteres de ambos sexos, una especie de Ideal masculino y femenino, que se actualiza determinando el sexo de cada uno y los comportamientos respectivos; el Hombre persigue en su forma extrema (el científico, el filósofo), las ideas puras y abstractas; la Mujer rechaza la abstracción (no ha habido filósofas en toda la historia...), y está destinada a la maternidad; el Hombre va desde la realidad hacia las ideas generales y abstractas; la Mujer parte de lo descabellado a la realidad, va hacia las cosas, a lo cotidiano y concreto; racionalizar el Universo y a Dios es empresa masculina; la mujer confía en la intuición, lo irracional y lo mágico; por eso la mujer es la inventora de las artes útiles, e indirectamente de la industria; el hombre crea el comercio y la gran industria, dos formas de abstracción extremas.

Aquí influyen ideas no sólo de Weininger y de Simmel, sino también alguna feliz frase de Ortega; leemos en un pasaje de los *Ensayos*:

Habrá siempre un hombre tal que, aunque su casa se derrumbe, estará preocupado por el Universo. Habrá siempre una mujer tal que, aunque el Universo se derrumbe, estará preocupada por su casa (p. 79) (16).

En un momento del comienzo del libro, Quique le dice a Wanda:

—¡Ah, la femme! Wanda: sos la perfecta mujer de Weininger. Bombones, prostitución, comadreo. Te adoro.

—¿Weininger? —preguntó Wanda—. ¿Qué es eso?

—Justo, justísimo —dijo Quique—. Te adoro (p. 193).

Si comparamos esto con un pasaje de los *Ensayos*, tendremos su fuente inmediata. Más interesante sería examinar todos los supuestos que se esconden detrás de esas cortas líneas de diálogo... (17).

(16) Si se recorren los *Estudios sobre el amor* de Ortega y Gasset, se encontrarán muchas de estas ideas y simplificaciones similares de opuestos: la mujer (vida cotidiana, gusto por el chismorreo, el lujo, el adorno, intuición, importancia de lo corporal, superficialidad); el hombre (vida pública, tendencia a la grandeza, teorización, separación neta de lo corporal y lo intelectual, profundidad, interés por el mundo, mientras la mujer se interesa por su casa...).

(17) «Dice La Rochefoucauld que los defectos nacen de la exageración de las virtudes. Las virtudes de la mujer son su altruismo por la especie, su capacidad de sacrificio personal por los hijos y los hombres bajo su cuidado. Por eso mismo su mundo es concreto y pequeño, personal, vital. Pero de ahí a las pequeñeces y, lo que es peor, a la pequeñez hay un paso; y al egoísmo de la hormiga, al comadreo, al chismorreo pequeño, a los celos viscerales» («Los defectos de la mujer», *Ensayos*, p. 328).